

Sindicalismo de clase versus sindicalismo negociador de Estado

RICARDO ANTUNES :: 18/02/2011

Brasil en la era (pos) Lula :: El más destacado líder sindical del llamado nuevo sindicalismo se convirtió en un instrumento de las clases dominantes

Ponencia presentada en Otro Davos. Basilea, Suiza, 21-22-23 de enero 2011

¿En el contexto de una monumental reorganización del capital - económica, social, política, ideológica y valorativa -, cómo el sindicalismo de clase viene esbozando sus respuestas?

¿En el caso de Brasil, donde en la década de 1980 afloró un nuevo sindicalismo con claro perfil de clase, qué cambios viene sufriendo a lo largo de ese período de desertificación neoliberal? ¿Qué pasó en la última década en el escenario sindical? ¿Cuáles son las experiencias y las posibilidades de un sindicalismo de clase después de ocho años de gobierno social-liberal de Lula?

El más destacado líder sindical del llamado nuevo sindicalismo se convirtió en un nuevo instrumento de las clases dominantes, una variante de semi-bonapartismo, donde el control y la cooptación del llamado sindicalismo combativo (y en particular de la cúpula sindical) era decisivo.

Vale recordar que el gobierno Lula, en el inicio del segundo mandato, realizó una alteración política importante, trasladando su base social de sustentación hacia las camadas más pauperizadas, que viven al margen de la organización de clase: después de un completo fracaso del programa social Hambre Cero, Lula amplió la Bolsa-Familia, política focalizada y asistencialista (aunque de gran amplitud), una vez que alcanza aproximadamente a 13 millones de familias pobres (cerca de 50 millones de personas con ingreso salarial bajo) y que por eso reciben como promedio el equivalente a 50 dólares mensuales).

De ese modo, el gobierno Lula, como un Bonaparte, articuló las dos puntas de la barbarie brasilera: su gobierno remuneró como ningún otro a las diversas fracciones burguesas y, en el extremo opuesto de la pirámide social, donde encontramos los sectores más desorganizados y empobrecidos de la población brasilera que dependen de las donaciones del Estado para sobrevivir, ofrece una política asistencial sin tocar siquiera mínimamente ninguno de los pilares estructurales de la tragedia brasilera.

Distanciado de su origen obrero, sometido al nuevo ethos de “clase media”, colgado de los grados más altos de la escala social, todo eso, fue convirtiendo a Lula en una variante de “hombre doble”, ejemplo de aquellos que “vienen de abajo”, pero que triunfaron en el orden capitalista.

Su gobierno demostró una enorme competencia en dividir a los trabajadores privados en relación a los trabajadores públicos. Su gobierno imaginó posible “humanizar” el

capitalismo, combinando una práctica de privatización de los fondos públicos que atiende tanto a los intereses del sindicalismo de negocios (interesado en los fondos de pensión), como al sistema financiero que efectivamente domina la política económica de su gobierno.

En el campo sindical, el llamado sindicalismo combativo fue sólidamente cooptado por el gobierno Lula.[2] Recientemente, en 2008, el gobierno Lula tomó una decisión que inclusive acentúa el control estatal de los sindicatos - viejo trazo del sindicalismo brasileiro - al determinar que las centrales sindicales pasaran a recibir el Impuesto Sindical, creado en la era Vargas al final de los años 1930. En la reciente medida aprobada por el gobierno, al mismo tiempo en que las centrales fueron legalizadas (lo que es positivo), ellas pasaron a tener el derecho de recoger el Impuesto Sindical.[3] Y vale recordar, que la CUT surgió ella misma, como opositora a este impuesto.[4] La Fuerza Sindical, por otro lado, visto que nació como una mezcla de neopeleguismo e influencia neoliberal, siempre fue favorable al Impuesto Sindical. Hoy, ambas tienen propuestas y acciones frecuentemente muy semejantes.

Sin mencionar el hecho que, durante el gobierno Lula (y ahora Dilma), hay centenas de ex sindicalistas que reciben altos salarios y comisiones por participar de los directorios de empresas estatales, de ex estatales (privatizadas), en directorios de fondos de pensión, además de innumerables cargos ministeriales y comisiones creadas por el gobierno, aumentando la dependencia, el maridaje y la cooptación de ex líderes sindicales que se encuentran dentro del aparato de Estado.

Por eso los gobiernos Lula/Dilma, cuentan con el apoyo de una fuerte parcela de la burocracia sindical que entrelazó al Estado, en la dependencia de los dineros públicos y, de ese modo, garantiza el apoyo de las cúpulas sindicales al gobierno.

La CUT y la Fuerza Sindical, enemigas en el pasado, conviven hoy en los mismo ministerios del gobierno y viven decisivamente en la dependencia de los presupuestos públicos.

El nuevo sindicalismo brasileiro de los años 1970-1980, que nació fuera de los marcos de la socialdemocracia sindical, poco a poco se tornaba en una especie de copia tardía de aquella tendencia sindical. Comenzaba, entonces, a desmoronarse el nuevo sindicalismo que ahora parecía envejecer precozmente. La política de los “convenios”, “apoyos financieros”, “asociaciones” con la socialdemocracia sindical, especialmente europea, llevada a cabo por más de dos décadas de forma intensa acabó, poco a poco, en este cuadro de cambios profundos, contaminando fuertemente al sindicalismo de clase en Brasil que, desprovisto de un perfil político e ideológico de clase, se fue socialdemocratizando, en un contexto, vale recordar, de neoliberalización de la propia socialdemocracia sindical.

Este proceso terminó por metamorfeizar a la CUT, nacida con una propuesta independiente y con claros contornos clasistas, en una Central sindical cada vez más burocratizada, institucionalizada, negociadora, subordinada al Estado.

Además de la CUT, tenemos en el campo de centro-izquierda, a la Fuerza Sindical, que combina elementos de neoliberalismo con el viejo sindicalismo “pelego”[5] que se “modernizó”, además de varias pequeñas centrales como la GGTB, la UGT, la Nueva Central. Con la creciente aproximación entre la CUT y la Fuerza Sindical, se originó en

Brasil una curiosa variante de sindicalismo negociador de Estado que ejercita la política de concertación con las empresas y se hace de las partidas estatales para garantizar su dominio y cooptación.

En el campo de la izquierda sindical tradicional, aunque asumiendo una posición de apoyo al gobierno Lula, tenemos a la recién formada CTB, que se originó en la Corriente Sindical Clasista vinculada al Partido Comunista de Brasil (partido que en su pasado estuvo ligado a China e influenciado por el maoísmo), que se desafilió de la CUT en 2007 para así recibir también el Impuesto Sindical.

Como se puede ver, son innumerables los desafíos que se presentan para que pueda ocurrir nuevamente una reorganización del sindicalismo de base y de clase en Brasil, después de la derrota de la CUT y de lo que se denominó nuevo sindicalismo.

La creciente individualización de las relaciones de trabajo, la tendencia de las empresas a buscar quebrar el espíritu de solidaridad y conciencia de clase y desorganizar todavía más a los trabajadores dentro de las fábricas, son desafíos decisivos.

Combatir la idea falsa de que los trabajadores no son más obreros sino “colaboradores” - práctica recurrente de las empresas que pretenden disimular la contradicción existente la totalidad del trabajo social y la totalidad del capital, lo que vengo denominando como nueva morfología del trabajo - es un imperativo fundamental en este proceso de reorganización sindical.

Algunas experiencias y desafíos más recientes del sindicalismo de clase

En el campo de la izquierda sindical anticapitalista, hay un esfuerzo por crear nuevos polos de organización, resistencia y confrontación, aglutinando a los sectores claramente socialistas y anticapitalistas junto a la Conlutas (Coordinación Nacional de Luchas) y a la Intersindical.

La Conlutas fue creada recientemente como embrión de una nueva central de trabajadores, rompiendo con la CUT y teniendo como principal fuerza política de apoyo al PSTU (Partido Socialista de los Trabajadores Unificado), además de incorporar a algunos sectores del PSOL (Partido Socialismo y Libertad) y a otros sectores independientes.

La Conlutas se propone organizar no sólo a los sindicatos, sino también a los movimientos sociales extra-sindicales y creció en importancia en el último período, avanzando en la oposición al gobierno Lula y ahora al gobierno Dilma. Luchando contra pérdida de derechos y buscando organizar un amplio espacio de fuerzas sociales del trabajo en un sentido amplio, que hoy está fuera de las organizaciones existentes.

La Intersindical es también oriunda de los sectores críticos que rompieron con la CUT, cuenta con buena presencia de militantes sindicales del PSOL, ex militantes del PT (Partido de los Trabajadores) y otros sectores independientes de izquierda.

La Intersindical tiene un perfil más acentuadamente sindical, volcándose a la reorganización del sindicalismo de clase. La Intersindical se encuentra hoy dividida: una parte está a favor

de la fusión con la Conlutas, creando entonces una nueva central; y otra parte está en contra de crear una nueva central, optando por una reorganización de base, de cierto modo inspirado en la anterior experiencia de las oposiciones sindicales.

Ambas, Conlutas e Intersindical, cada una a su manera, buscan ofrecer respuestas en oposición a la conversión de la CUT en una central institucionalizada, verticalizada y dependiente del Estado.

Dos son emblemáticos. El Sindicato de los Metalúrgicos de Sao Paulo de Sao José dos Campos (Conlutas), y el Sindicato de los Metalúrgicos de Campinas (Intersindical). Ellos rechazan las políticas de concertación, recusan la práctica nefasta del “banco de horas” (reparto del desempleo), realizan huelgas importantes y rechazan los dineros públicos que subordinan los sindicatos al Estado.

La lucha contra la destrucción de derechos y la precarización del trabajo son centrales en sus acciones cotidianas.

Véase los ejemplos siguientes, que dan un trazo del nivel de explotación del trabajo en Brasil. En la producción de caña de azúcar (etanol) los años de vida de los trabajadores, en algunas regiones del norte del país, es menor que en tiempos de la esclavitud, en el siglo XIX, lo que obliga a los sindicatos rurales a luchar contra la degradación del trabajo semi-esclavo en el campo. Un trabajador o una trabajadora puede cortar como promedio de 10 (Sao Paulo) a 18 (Maranhão) toneladas de caña por día, dando millares de golpe de machete, lo que destruye su cuerpo productivo. Hay innumerables casos de trabajo esclavo en haciendas y en el agro-negocios que tanto encantan a Lula.

Inmigrantes bolivianos trabajan en el ramo de confecciones en la industria textil en el centro de Sao Paulo. Tienen jornadas que llegan a las 17 horas por día, completamente desprovistos de derechos.

Son algunos ejemplos. Entonces, como organizar ese conjunto ampliado, heterogéneo y disperso universo de los trabajadores y trabajadoras. Es el mayor desafío.

Además de esto, es plenamente actual la lucha por la autonomía, libertad e independencia sindical en relación a las nuevas formas de dependencia del Estado bajo la era Lula.

Otro desafío central es buscar la creación de un polo sindical, social y político por la base, que procure ofrecer al país un programa de cambios anticapitalistas, combatiendo las causas reales e históricas que mantienen la estructura social y política de la dominación burguesa en Brasil.

Es decisivo, por tanto, buscar un diseño de organización sindical capaz de ampliar e intensificar las luchas sociales de los trabajadores urbanos y rurales, que elimine la superexplotación del trabajo que particulariza al capitalismo brasileiro, incentivando, por el contrario, las formas de producción volcadas a las necesidades vitales de la producción trabajadora, hacia la producción de bienes socialmente útiles, ofreciendo respuestas concretas a la tragedia que asola la vida cotidiana del ser social que trabaja en Brasil.

Comprender el diseño heterogéneo y multifacético que caracteriza la nueva morfología de la clase trabajadora se torna imprescindible, con el objetivo de eliminar la fractura que separa a los trabajadores y trabajadoras estables y precarios, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, nacionales e inmigrantes, blancos y negros, calificados y descalificados, empleados y desempleados, entre otras tantas diferenciaciones.

Si la clase trabajadora en el mundo contemporáneo es más compleja y heterogénea de aquella existente durante el período de expansión del fordismo, el rescate del sentido de pertenencia (Alain Bihr), contra las incontables fracturas objetivas y subjetivas, impuestas por el capital, es uno de los desafíos más urgentes. Eso, a nuestro entender, sólo es posible partiendo de las cuestiones vitales que emergen en el espacio de la vida cotidiana: trabajo, tiempo de trabajo y de vida; degradación ambiental, producción destructiva, propiedad (incluyendo la intelectual), mercantilización de bienes (agua, alimentos), son algunos temas por cierto vitales, que los sindicatos no pueden dejar de considerar.

Romper la barrera, impuesta por el capital, entre acción sindical y acción parlamentaria, entre lucha económica y lucha política, articulando y fundiendo las luchas sociales, extra-parlamentarias, autónomas, que dan vida a las acciones de clase, se vuelve crucial. Como el capital ejerce un dominio fundamentalmente extra-parlamentario (Istvan Mészáros), es un gran error querer derrotarlo con acciones que se reduzcan o privilegien el ámbito de la institucionalidad. Un sindicalismo de clase debe, por tanto, articular íntimamente lucha social y lucha política.

Aquí, la experiencia del MST (Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra). Creado en 1984, el MST tiene como centro de su accionar la organización de base de los trabajadores del campo. En su acción de confrontación, el MST no prioriza la acción institucional o parlamentaria (que es concebida como un desdoblamiento y no el centro de su lucha), sino que sustenta su fuerza y vitalidad en la lucha social por la base, teniendo en las ocupaciones y asentamientos su forma prioritaria de lucha.

Su acción central parte de un elemento vital: la tierra y su posesión como búsqueda de un nuevo modo de vida, con claros elementos colectivos. La tierra significa trabajo, vida, alimentación, sociabilidad, etc. El punto de partida es una cuestión vital.

Aunque el MST tenga su origen en los trabajadores rurales, ha venido incorporando crecientemente a trabajadores expulsados de las ciudades, que retornan al campo desempleados, articulando experiencias cotidianas oriundas del mundo del trabajo rural y urbano.

Con esta fuerza social, el MST es el más importante movimiento social y político de Brasil, al practicar diariamente la fusión entre lucha social y lucha política como eje central de sus acciones.

Cito otro ejemplo latinoamericano. En Argentina, vimos el florecimiento en el marco de la crisis de diciembre 2001, nuevas formas de confrontación social, como la explosión del movimiento de los trabajadores desempleados, los piqueteros que “cortan las rutas” para trabar la circulación de mercaderías; o como expresión de la lucha de los trabajadores en torno a las empresas “recuperadas”, ocupadas durante el período más crítico de la crisis

argentina, lo que sumó a dos centenas de empresas bajo el control-dirección-autogestión de los trabajadores.

Fueron, ambas, respuestas importantes frente al desempleo y que señalaban nuevas formas de luchas sociales y políticas del trabajo, impulsadas por las masas de desempleados que se expandieron en aquel período, aunque, en el caso de los piqueteros, el movimiento fue sufriendo un fuerte reflujo (y cooptación por el gobierno Kirchner), debido también a su relativa atomización organizativa. Y las fábricas ocupadas encuentran un enorme obstáculo al relacionarse con el mundo del mercado y su lógica destructiva. Pero, juntos a los sindicatos de clase, fueron experiencias recientes de organización de las fuerzas sociales del trabajo.

Hay, por tanto, un diseño heterogéneo y multifacético que caracteriza la nueva morfología del trabajo en Brasil. Más allá de las fracturas entre los trabajadores estables y precarios; de género, generacional e étnica; entre los trabajadores calificados y descalificados; empleados y desempleados; además de la necesidad imperiosa de superar el productivismo por una concepción ambiental que articule ecología y trabajo, tenemos todavía las estratificaciones y fragmentaciones que se acentúan en función del proceso creciente de internacionalización del capital, entre otros tantos desafíos.

Par comprender la nueva morfología del trabajo es preciso, entonces, partir de una concepción ampliada del trabajo, abarcando la totalidad de los asalariados, hombres y mujeres que viven de la venta de su fuerza de trabajo (incluyendo también a los desempleados) y que no se restrinja exclusivamente a los trabajadores manuales directos.

Los sindicatos y demás formas de representación de las fuerzas sociales del trabajo, deben intentar comprender e incorporar la totalidad del trabajo social y colectivo que vende su fuerza de trabajo como mercadería, sea ese trabajo predominantemente material o inmaterial, en las tecnologías de información y comunicación - el llamado infoproletariado o cyberproletariado que tiene papel de destaque en la creación de valor hoy - sea aquel enorme contingente sobrante de fuera de trabajo que no encuentra empleo, los desempleados, pero que son parte constitutiva de la clase trabajadora (y también de la ley del valor).

Si la industria taylorista y fordista es, en tanto tendencia, más parte del pasado que del presente ¿cómo imaginar que un sindicalismo organizado verticalmente pueda representar ese nuevo heterogéneo mundo del trabajo?

Es preciso diseñar un sindicalismo horizontal (Alain Bihr) que contemple las múltiples formas de ser del trabajo. Dicho de otro modo, la nueva morfología del trabajo obliga a repensar una nueva morfología de los organismos de representación del trabajo, de la cual los sindicatos son parte.

Pero, así como el pasaje del siglo XIX al siglo XX generó la creación de un nuevo tipo de sindicalismo de masa tayloriano-fordista, el viraje del siglo XX al XXI está exigiendo un nuevo sindicalismo de clase que aglutine a la clase-que-vive-del-trabajo y su nueva morfología.

Notas

[1] Profesor titular de Sociología del Trabajo en IFCH/UNICAMP (Brasil), autor de numerosos libros, entre los traducidos al castellano destacamos: “¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre la metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo”, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, segunda edición, 2003. Es colaborador de las revistas Margem Esquerda (Brasil), Herramienta (Brasil), La Breche (Suiza), Trayectorias (México), Latin American Perspectives (EEUU), Proteo (Italia), y Asian Journal of Latin American Studies (Corea del Sur).

[2] En el campo de la izquierda que asumió un apoyo al gobierno Lula, tenemos a la CTB (Central de los Trabajadores y Trabajadoras de Brasil), vinculada al Partido Comunista de Brasil y que se desafilió de la CUT en 2007. En el campo de la centro-izquierda tenemos a Fuerza Sindical, que combina elementos de neoliberalismo con el viejo sindicalismo que se “modernizó”, además de pequeñas centrales como la CGTB (Central General de los Trabajadores de Brasil), la UGT (Unión General de los Trabajadores), y Nueva Central, todas ellas con poca representatividad sindical y herederas del viejo sindicalismo dependiente del Estado.

[3] Un día de salario al año de todos los trabajadores de las empresas privadas es recaudado compulsivamente por el Estado y distribuido entre los sindicatos, federaciones y confederaciones y ahora también entre las centrales. En 2010, fueron 84,3 millones de reales, según el Ministerio de Trabajo.

[4] La CUT (Central Única de los Trabajadores fue creada en 1893, para luchar por un sindicalismo autónomo, independiente, de clase.

[5] Designación usada en Brasil para caracterizar un sindicalismo de conciliación y dependiente del Estado. Pelego es la piel usada por los jinetes, para ablandar el rebote del trote de los caballos.

Traducción de Ernesto Herrera - Correspondencia de Prensa

<https://www.lahaine.org/mundo.php/sindicalismo-de-clase-versus-sindicalism>